IV

La construcción del futuro

Comentario introductorio

Marcelo Pakman

Los tres artículos que siguen, escritos entre 1971 y 1975, presentan consideraciones sobre el aporte que la cibernética podría hacer en relación con problemas sociales, en un futuro que, debería ser ahora presente. Sin embargo, y esto habla de la complejidad de los problemas a resolver, aquel futuro sigue siendo futuro y los artículos siguen siendo vigentes en sus propuestas, perspectivas, críticas y sugerencias.

"Responsabilidades de la competencia" plantea las interesantes relaciones entre urgencia y complejidad. A más urgencia por resolver un problema, menos complejidad ha de ser incluida en su formulación y más simplistas y reduccionistas serán los pensamientos con que se los aborde. Al mismo tiempo, cuanta más complejidad incluyamos, más puede retardarse la acción e, inclusive, llegar al extremo de la parálisis. Buena parte del "arte terapéutico" descansa en la habilidad para decidir cuánta complejidad ha de ser incluida en nuestro abordaje del problema a enfrentar, como para ser capaces de actuar con eficacia.

Von Foerster caracteriza a la cibernética como la ciencia de la regulación, *ciencia que realiza una labor "anti-natural", que es una continuación de la labor "anti-natural" que todo sistema viviente realiza en su lucha contra las tendencias físicas a la degradación. Sin embargo, en el caso de los seres humanos, lo antinatural puede asumir un doble aspecto: podemos ser antinaturales creando conflicto con el resto de la naturaleza; o podemos ser antinaturales multiplicando la creatividad de la naturaleza en su mencionada lucha contra el avance de la entropía. En el dominio del lenguaje, se vuelve complejo decidir en cuál de estos sentidos estamos operando cuando nuevas narrativas, nuevas visiones del mundo, y los procesos de toma de decisión y las acciones asociadas a ellas, emergen en el curso de interacciones como, por ejemplo, las terapéuticas. Actuar como regulador, en tales circunstancias, implica reintroducir como elemento corrector a lo largo del proceso, información acerca de si el proceso está siendo "retardador de entropía" o, por el contrario, es un proceso que promueve el avance del desorden. Más comúnmente, dada la multiplicidad de dominios en que transcurre lo humano, el proceso resulta organizador en*

algunos aspectos, y desorganizador en otros, y el balance entre esos aspectos, acorde con las metas que emerjan como terapéuticas, se vuelve también parte del juicio clínico.

Von Foerster resalta que toda acción reguladora y retardadora de entropía es, al mismo tiempo, un ejercicio de computación, *en el sentido de mecanismo de generación de un orden a través de un cierto lenguaje (como lo vimos en el comentario sobre la Parte III). La dinámica de las interacciones sistémicas humanas puede ser entendida como una red compleja de acciones de reordenamiento, llevadas a cabo por los miembros del sistema, dentro de la cual podemos distinguir dos tipos fundamentales:*

a) el desarrollo de lenguajes que permitan adaptarse mejor al entorno, y

b) el cambio del entorno que permita adaptarlo mejor al propio lenguaje.

Es en términos del equilibrio entre estos dos mecanismos, y de hasta dónde se han repartido estas funciones entre los participantes del sistema, que muchas tensiones sistémicas pueden ser entendidas.

El tema de la trivialización es nuevamente visitado en este artículo y permite plantear cuestiones fundamentales para el terapeuta: ¿estamos nosotros operando de un modo orientado a generar impredictibilidad y novedad, más que pacientes y terapeutas predecibles? Von Foerster propone como método para trabajar en ese sentido, generar como eje de nuestro pensar preguntas "legítimas", es decir, aquéllas para las cuales no hay una respuesta conocida (ni para el paciente, ni para el terapeuta).

La terapia, en tanto práctica no trivial, ha de intentar proveer a cada participante del sistema de un canal para la expresión de su voz. He señalado en diversas oportunidades la importancia de recordar que los sistemas sociales (como las familias, los sistemas terapéuticos) no hablan en tanto tales. Quienes hablan son sus miembros (se habla en tanto padre, madre, hijo, hija, terapeuta, etcétera) y sabemos que el uso de la primera persona plural, o el uso del impersonal, son dos modos políticamente eficaces de ganar acceso a la definición de lo que ha de considerarse "realidad". Proveer de esos canales de expresión, y promover la validación de esas diversas realidades, es una de las intervenciones, muchas veces "mínimas", pero de inmensa capacidad multiplicadora, del terapeuta constructivista.

"La percepción del futuro y el futuro de la percepción" retoma y elabora una fértil distinción de Herbert Brün entre "acción correctiva" y "cambio". El contexto de una acción correctiva implica asumir que algo "anda mal" en el sistema y "es necesaria" una operación para que el mismo vuelva a su funcionamiento normal. Es decir, la acción correctiva opera con suposiciones normativas y "objetivas", asumiendo verdades incontestables que, al decir de

von Foerster, "embotan los sentidos y oscurecen la verdad". Operar en sistemas sociales en el sentido de acciones correctivas contribuiría a interacciones donde los participantes son "objetos" sociales guiados por decisiones ajenas. El contexto de cambio *implica, en cambio, la elección de un curso de acción que supone una decisión acerca de que el futuro no se parezca al pasado. A diferencia de la acción correctiva, basada en volver a un funcionamiento del cual el sistema se ha desviado, hay aquí una preferencia por el desvío, la novedad, la no aplicabilidad de las pautas anteriores.*

En el campo de la terapia, "cambio" implica, entonces, que las pautas que utilizamos, las regularidades que encontramos, son sólo un medio para la creación de un contexto para su propia destrucción. Es sólo en esta medida que el participante de un sistema social es validado en tanto sujeto social que decide un futuro para sí. Sin embargo, no deberíamos subestimar la complejidad de esta dinámica social, en la cual el terapeuta interactúa muchas veces con familias que, habiendo sido tratadas consistentemente como objetos sociales, han asumido una seudosubjetividad en la cual perpetúan su condición de "objetos" e invitan a continuar tratándolos como tales. A esto se agrega la propia alienación del terapeuta que, con tanta facilidad, se vuelve objeto social de doctrinas, teorías, agencias de control social, determinantes económicas, etcétera.

El desafío para el terapeuta es el de cómo colocarse y sostenerse en una posición en la que pueda ser "vehículo" para un tipo de comunicación que promueva el cambio en el sentido antedicho: como obliteración de las reglas del pasado. Cuándo y en la medida en que lo logramos, algunas alternativas emergen para que los participantes de los sistemas familia-terapeuta se encuentren en mundos no vistos exclusivamente a través de los ojos de los demás, ni viviendo "seudoexperiencias" trasmitidas a través de un lenguaje "congelado" que ha perdido su carácter expresivo de la originalidad de la subjetividad humana.

Para que la terapia se ubique en esta posición antialienante conviene recordar que en su práctica, como lo señala von Foerster, el método científico tal como ha sido entendido tradicionalmente, no funciona, porque dos de sus suposiciones fundamentales deben ser cuestionadas: en primer lugar, la de que las reglas que observamos en el pasado deben aplicarse en el futuro; en segundo lugar, la de que casi todo en el universo es irrelevante fuera de los elementos que hemos identificado como causalmente enlazados con el fenómeno que nos interesa. La actitud del terapeuta constructivista ha de estar más guiada por el espíritu de Gregory Bateson, que señalaba en 1936 (Naven) **, a propósito de su trabajo de campo en Bali: ". . . Yo no veía ninguna clara razón por la cual yo debía inquirir acerca de un tema más que acerca de otro". Y más adelante: "Si alguien me contaba un cuento de asesinatos y brujería, yo no sabía con qué pregunta continuar, y esto no era*

* Stanford University Press, Stanford, 2a. ed. (1958).

tanto por falta de entrenamiento como por exceso de escepticismo". Esta actitud, donde cuestionamos lo que [ya sabemos] debiéramos inquirir, permite trascender los circuitos autoafirmantes donde el terapeuta sólo encuentra una y otra vez las confirmaciones de sus propios prejuicios, para aventurarse en los territorios de lo que no se ajusta a la pauta, es decir, el genuino territorio de lo humano como sujeto de un sentimiento a todas luces único, original, irrepetible.

Von Foerster finaliza el artículo con dos señalamientos que son hitos para guiar las prácticas constructivistas en terapia familiar: el primero es que, con mucha frecuencia, la gente no escucha porque no quiere más que porque no puede pero, al mismo tiempo, no sabe que no quiere; el segundo, expresado en estilo bíblico, dice: "Que haya visión, e hízose la luz".

Sabemos que la consulta terapéutica suele estructurarse, como punto de partida, en torno de una "queja", expresada por uno o más miembros de una familia: algo no sucede del modo que quien se queja esperaba. La consideración de los señalamientos anteriores nos llevará a orientar nuestras acciones en dos direcciones fundamentales:

1. Promoviendo la emergencia de narrativas donde ese evento que no se dio, y el que se dio en su lugar, aparecen como producto de una "decisión" de la cual, por regla casi general, aquellos que decidieron no tienen conocimiento. Incluso si hemos sido "objetos sociales" es importante construir una decisión que permitió que lo fuéramos.

2. Si antes se decidió sin saber que se decidía (ya que podemos reconstruir alternativas posibles que no se tomaron, e incluso restricciones que hubo para no tomarlas), el único modo de ver aparecer algo que no está allí es generar ahora las acciones necesarias para su aparición. Si no hubo "luz" es porque se "decidió", quizá sin saberlo, tomar un camino sin posibilidades visuales. Si queremos que esto cambie hemos de generar ahora las acciones necesarias para crear esa estructura visual. La terapia se mueve desde la creación de contextos justificantes, que tantas veces perpetúan la trampa de la queja, hacia la promoción de contextos de responsabilidad y de una comprensión entendida en terminos de acción.

"¿Y nosotros, adónde vamos desde aquí?" retoma el tema de la construcción del futuro, proponiendo estrategias de interacción a través de las cuales podamos dejar de pensar en términos de "adónde vamos", como si fuéramos a la deriva, para empezar a pensar "adónde deseamos ir". El artículo resume y extiende muchas de las argumentaciones expuestas por von Foerster en otros artículos de esta colección, en una meditación que estaba, originalmente, destinada a explorar la filosofía de la tecnología

futura. ¿En qué sentido pueden resultar útiles para el terapeuta estas indagaciones sobre la tecnología, siendo que la actividad terapéutica no parecería estar ligada a esos problemas tecnológicos?

El puente con el campo terapéutico se vuelve inmediatamente evidente cuando vemos que la tecnología puede ser entendida como una extensión del lenguaje, en cuanto a la relación que el ser humano establece con ambos, en tanto instrumentos de acción. Esa relación es tal que nos permite calificar, tanto al lenguaje como a su extensión, la tecnología, como fenómenos creativos y, al mismo tiempo, desmesurados. Usamos aquí desmesura en el sentido de la "hybris" de la filosofía griega. Es en el lenguaje que podemos generar dimensiones de un grado de abstracción tal que nuestra "localidad" se extiende sobremanera. Podemos, por ejemplo, hablar de "nuestra vida" como continuum temporal, una dimensión con la cual no tenemos, sin embargo, un contacto experiencial inmediato. De más está decir que la imposibilidad de actuar sobre estas dimensiones una vez creadas genera de por sí un malestar que, estaría entonces, constitucionalmente ligado a la estructura del lenguaje. El lenguaje sería así el primer Frankenstein, y los artefactos tecnológicos meras extensiones de su carácter desmesurado.

Es por lo dicho que resulta tan poderoso, en la instrumentación terapéutica de la estrategia de construcción de un futuro en términos de elección personal, el cuestionamiento de las abstracciones lingüísticas y la promoción de su transformación en formulaciones donde todas esas abstracciones pasen la prueba de la observación en circunstancias cotidianas. Cada vez que alguien dice "mi vida es de este o aquel modo", "ella es de este o aquel modo", etcétera, hemos de buscar las observaciones que llevan a quien formula esos juicios a esa inferencia. Así descubriremos que esas descripciones "oficiales" no dan cuenta de multitud de experiencias que de hecho están sucediendo, pero que no llevan a cuestionar esas abstracciones. Una vez emitidas, dichas formulaciones se anclan como sostenes permanentes de un sujeto alienado, perdido en la desmesura de su propio lenguaje que, recordémoslo, es la desmesura del lenguaje.

Para concluir, von Foerster nos recuerda que toda construcción del futuro ha de descansar también en una dimensión espiritual. El artículo, y el libro, se cierra con las palabras de Chuang Tse, el maestro del Tao, que hace más de 2400 años articulaba algunas de las tempranas manifestaciones de la conciencia humana en su búsqueda permanente de sentido.

El alquimista buscaba, a través de la prosaica trasmutación de los metales en oro, la consumación de la gran obra: la transformación del sujeto. Von Foerster nos recuerda que toda actividad cotidiana, si no se aliena en su meta aparente, es parte de esa incansable búsqueda interior. Espero que estas "semillas de la cibernética" encuentren el terreno fecundo de un lector empeñado en una búsqueda semejante.